

Armas Tomar

Miguel Rojas*

Presentación

ARMAS TOMAR: una tragedia sobre el tema de la nacionalidad costarricense

“Carrillo: ... Necesitamos construir nuestras propias alas para volar. No requerimos profetas, porque tarde o temprano las tendremos...”

Miguel Rojas
ARMAS TOMAR, pág. 133

1. Los perfiles trágicos de Miguel Rojas

Diferentes textos sobre crítica teatral publicados alrededor de la figura y obra del dramaturgo costarricense Miguel Rojas insisten en la idea de que a éste autor debe reconocérsele su ponderación como «recreador» de la historia nacional. Sin embargo, tal afirmación debe completarse con otra -no menos importante-, no sólo «relee» diferentes momentos de la civilidad nacional sino que esboza diferentes perfiles trágicos sobre personajes y narraciones preponderantes en el desarrollo de la literatura dramática costarricense.

Ejemplo palpitante de lo anterior son obras como *EL ANILLO DEL PAVO REAL*, *LOS NUBLADOS DEL DÍA* y *ARMAS TOMAR*.

* Profesor Escuela Estudios Generales, U.C.R.

2. Un legado de la Antigua Grecia

La tragedia griega entrega, a los creadores quienes en algún momento se acercan a la fuente de sus productos culturales, dos dádivas: una que apareja risa, burla y parodia y otra que recoge ditirambos o cantos festivos en honor a Dionisos (Dios de la vegetación y los campos, en especial de la vid y del vino. Así como del terror y del éxtasis). Del canto festivo se viste la tragedia y ésta lleva a escena conflictos que enfrentan a «hombres nobles» cuyas pasiones humanas desembocan en «fatal desenlace». La denominación «hombre noble» cubre, generalmente, a reyes, dioses y semidioses. Sin embargo, en este caso, los personajes enfrentados han perdido corona y divinidad para oponer estadística y estrategia.

Un canto a la libertad abre la pieza, a manera de epígrafe y este epígrafe como programador del contenido refiere a ella como generadora de la toma de decisiones. Carrillo, en pleno uso de la libertad y como Jefe de Estado de Costa Rica se declara inamovible en su período constitucional. Dicta leyes y decretos para ordenar la hacienda pública. De su ansioso trabajo y de su mirada fija en el nuevo siglo, surgen las bases de una economía floreciente. Su actuar regido por dinamismo, energía y exacta visión abre el camino para que la nación deambule por el bienestar. En este sentido, hace recaer la carga tributaria en los artículos suntuarios que consume la oligarquía. Desde su lente de estadista, la ley debe aplicarse mejor a aquellos cuya holgada situación permite un razonable cobro.

Los impuestos que pondera el gobernante y que afectan al grupo dirigente son la chispa que enciende el fuego del ardid. Belisario Castro, elemento servil de los hacendados

establece nexos para que llegue al país el militar de carrera, hondureño, Francisco Morazán, quien debe legislar en beneficio de la burguesía.

Morazán, enamorado de Anacleto Arnesto -esposa de un militar cartaginés y dirigente de un sector de la política nacional- llega al país y es recibido con honores para el desempeño de su función. Una vez en Costa Rica, Morazán no olvida su deseo de organizar una Federación Centroamericana. Con este propósito, inicia el recuento de hombres, municiones y cuarteles de la nación. Saravia, su servidor, le informa que no se cuenta con hombres ni arsenales y que, además, existe una deuda con los soldados extranjeros que arribaron con él y a los cuales deben cancelárseles sueldos y promesas anteriores.

No hay dinero en las arcas públicas. Morazán decide, entonces, decretar un impuesto que afecta a la clase para la cual debe servir. En este momento, los grupos que lo traen al país le retiran su apoyo y cae abrumado por el mismo peso de la oligarquía.

El Coro de ARMAS TOMAR: un personaje no despersonalizado

Un componente de peso en la estructura dramática de las tragedias lo constituye el coro, cuya función otorga -sobre todo- un punto de vista acerca de la preocupación por el poder.

ARMAS TOMAR incluye en su construcción textual dos coros: uno compuesto por los señores y otro por el pueblo. El de los señores se mantiene inalterable a lo largo de la obra y defienden un objetivo determinado: perpetuarse en su condición de dirigente político para defender los intereses de la oligarquía: evasión de impuestos, manipulación del Gobernante, sustentación de privilegios. Y el del pueblo que sufre una serie de alteraciones, principalmente, por desacuerdos internos.

La fragmentación del coro popular se da de manera progresiva para evidenciar cómo este núcleo social asume, según corresponda, posturas de acuerdo o desacuerdo que analizan, cuestionan o defienden los acontecimientos sucedidos en la acción dramática. La división establece algunas características de las posiciones que pueden presentarse a la hora de enfrentar una decisión política.

El Semicoro 1 es crítico, perseverante, no conformista, cree en la esperanza que se logra con acción y sabe de qué manera funcionan quienes se relacionan con el poder y por esto increpa de manera directa.

Semicoro 1 «Como no soy refinado, tengo una manera de decir las cosas que suena chocante... Como por ejemplo, que usted era uno de los que se

reunían con el Coronel García Escalante, el que fue a Panamá por Morazán. Todo se sabe. También que visitaba al General Villaseñor, el que traicionó a Carrillo». (Rojas, Pág. 142)

El Semicoro 1, además, participa abiertamente de la idea «vivir no es conformarse con sobrevivir» y sabe que la honorabilidad no se encuentra en el traje que visten algunos. Argumenta con propiedad sobre la forma en que algunos se codean por interés con otros, es duro cuando juzga:

Semicoro 1 «Amigos íntimos, conspiradores que planean como gobernar codeándose con otros ricachones y corruptos arribistas. Basura de gente...» (Rojas, Pág. 142)

El Semicoro 2, antítesis del primero, se alía con el grupo en el poder, no hace problemas, vive sin crítica, no toma partido, no se compromete, es conformista y marcadamente indeciso. Representa la voz del estereotipo del que no se inmiscuye. Rinde tributo a las frases «dejar hacer» «dejar pasar»: «ya no estoy para revueltas», «no hay que romperse la cabeza en asuntos que están fuera de uno», «no podemos hacer nada por cambiar», «el silencio ayuda a meditar». La actitud pasiva del Semicoro 2, hace brotar de su propia constitución al Semicoro 3, el cual pone en duda la actitud asumida y el desgano manifiesto. Al producirse el conflicto con Nicaragua y una vez establecida la inminente agresión, invita al 2 para encontrar consenso:

Semicoro 3 «Hagamos un trato. Vayamos pregonando cada uno su opinión y escuchemos lo que la gente tiene que decir...» (Rojas, Pág. 145)

La fragmentación en tres se diluye al final del texto para presentar una nueva constitución de «pueblo unido» en función del sentimiento para proteger la «nación invadida». El coro del pueblo constituido ahora en un solo bloque pone grilletes y ejecuta a los traidores Villaseñor y Morazán.

Perdona la vida a los miembros del ejército que acompañó a Morazán en su invasión a Costa Rica.

El dítirambo ya para este momento declina en tragedia y deja su paso a la ejecución de los personajes con los cuales se cierra el círculo que ve en los procesos históricos una manera de tejer la identidad de una nación. No obstante, la misma inconsistencia del pueblo ante la oligarquía plantea la interrogante de un pueblo sin agallas para llevar adelante el acto transformador de sí mismo. La verdadera tragedia, entonces, se produce cuanto este grupo social puede reaccionar en defensa de la nación obligando a los extranjeros indeseables a abandonar el país pero es incapaz de cuestionar las acciones al interior de los grupos que gobiernan los destinos de la patria.

ARMAS TOMAR: una tragedia a la nacionalidad costarricense

ARMAS TOMAR de Miguel Rojas es un ditrambo convertido en una tragedia cuya estructura se narra a partir de la unidad dramática esbozada en cada una de sus secuencias. Presenta continuidad, cambio y aumento de la acción dramática a medida que se presenta su desarrollo cronológico de acontecimientos.

Rojas prueba cómo un texto dramático puede «echarse a volar» a partir de «una realidad histórica» sin que se pierdan los tonos epopéyicos que esa misma realidad genera. La obra es una muestra que permite la filtración de algunos estereotipos sobre la identidad costarricense. La frase popular que se sintetiza en la ponderación de Costa Rica como un «pueblo de armas tomar» describe a una nación que «empu-

ña las armas» en diferentes retazos de su historia para defender la civilidad pero, a la vez, esta resolución de vigor y pujanza se contraponen a otra donde la «toma de las armas» para el trabajo, la solidaridad y la conciencia nunca se presentan y la acción de «tomar» se transforma en evidencia de pasividad, de anquilosamiento y de no compromiso con causa alguna que no sea la de mantenerse en un poder corrupto donde los «únicos patriotas» son aquellos que están dispuestos a servir contra viento y marea a los intereses de los grupos que dirigen las riendas de la nación.

En el plano ideológico político, la pieza se inscribe en la defensa de los derechos de un pueblo sobre su espacio territorial y sobre las decisiones que competen a la administración de su libertad, de su defensa y de su autoafirmación.

Leda Cavallini

1 de mayo de 1993

ARMAS TOMAR de Miguel Rojas

Epígrafe

Canción de la obra dramática

Libertad, libertad
sueño que sembró
mi tierra fresca
llama a los míos
campana eterna
nuestra esperanza
pide consagrar
tu luz, tu igualdad.
Libertad, libertad
vayamos juntos
cantemos juntos
hagamos juntos
nuestra libertad,
oh libertad, ya voy...

PERSONAJES DRAMÁTICOS

Braulio Carrillo
Francisco Morazán
José Miguel Saravia
Anacleta Arnesto de Mayorga
Belisario Castro
Coro de los Señores
Coro del Pueblo

La acción ocurre en Costa Rica, en 1842.

El Coro de los Señores, así como el del Pueblo, están constituidos por tres miembros.

Observación: Los actores que representan los personajes de ambos coros, pueden ser los mismos. El tiempo para cambios de escena, vestuario, máscaras o elementos para la puesta en escena, se toma en cuenta en el texto.

PRIMERA PARTE

Cartago.

Casa de Doña Anacleta Arnesto de Mayorga.

Amplia sala con ventanas de rejas españolas.

Una urna de negro y nácar con una vela encima, encendida.

Ruido de caballo que se acerca y detiene.

*Voz de Morazán: ¡Coronel Mayorga...!
¡Coronel!...*

Morazán toca la puerta.

Del interior viene Anacleta, vestida de negro.

Morazán vuelve a tocar.

Anacleta, temerosa, le abre la puerta.

Entra Morazán, capa negra, espada al cinto y revólver.

Morazán: Las calles están desiertas.

Anaclea: ¡Vete, por favor...!

Morazán: ¿Por qué? ¿Dónde está el Coronel Mayorga?

Anaclea: Se fue para Matina.

Morazán: ¡Cuánto más lo necesito...! Debería estar al frente de la guarnición cartaginesa.

Anaclea: No sabes...

Morazán: ¿Qué pasó anoche?

Anaclea: Tienes que irte de inmediato.

Morazán: Debo esperar al General Saravia.

Anaclea: ¡Vete, Francisco, vete!

Se escucha el ruido de dos caballos que se acercan y detienen.

Entra Saravia por la puerta del frente.

Saravia: Vámonos, Chico. El General Villaseñor viene con nosotros.

Morazán: Todavía no me has dicho qué ocurrió anoche.

Saravia: ¡Ya, Chico...!

Morazán: Está bien. Monta y vámonos.

Antes de que Saravia pueda salir se escuchan varios disparos y ruido de caballos que rodean la casa.

Se quedan aterradoramente inmóviles.

Morazán mira hacia afuera por una de las ventanas.

Morazán: Son pocos... No hay de qué preocuparse. Es la Guardia de Honor cartaginesa que el Coronel Mayorga puso a mi disposición el día del agasajo.

Saravia: Un poco extraño... Iré por detrás.

Sale Saravia.

San José.

Casa de Gobierno y Plaza frente a ella.

Carrillo, en mangas de camisa, trabaja arduamente. Revisa detenidamente un folio y sale.

Entra el Coro del Pueblo a la Plaza.

C. del Pueblo: Dichosos los que conocen el mañana porque yo sólo conozco el aire que respiro como rocío del alma cuando tengo conciencia de que vivo... Y aún así, pudiera vivir y no amanecer en los espacios terrestres que más quiero.

Entra Carrillo a la Plaza.

Carrillo: ¿Melancólicos...?

C. del Pueblo: Inquietos.

Carrillo: Acabo de firmar un decreto que nos traerá mucho progreso.

C. del Pueblo: ¿Puede saberse?

Carrillo: Carreteras, leyes para proteger al trabajador, entre otras. ¿Qué opinan? ¿Les parece...?

C. del Pueblo: Trabaja duro, don Braulio. ¿Hasta cuándo?

Carrillo: Soy el Jefe de Estado. Tengo un período de Gobierno que cumplir.

C. del Pueblo: ¿Para qué?

Carrillo: ¡Vaya pregunta! ¿Para qué se elige a los gobernantes?... Para servir a la felicidad de los pueblos.

C. del Pueblo: ¿Y quién se lo agradece?

Carrillo: Yo qué sé...

C. del Pueblo: Ah, don Braulio, don Braulio Carrillo y su estribillo de que hay que trabajar, trabajar para ganarse el futuro.

Carrillo: No me cansaré de repetirlo. Por cierto, debo regresar al escritorio.

C. del Pueblo: ... ¿Conoce el destino?

Carrillo: Depende.

C. del Pueblo: ¿De qué?

Carrillo: De lo que hacemos.

C. del Pueblo: También hay otros de-

signios que no todos pueden comprender.

Carrillo: ¿Alguna noticia en especial?

C. del Pueblo: Ninguna es cierta hasta que es un hecho.

Carrillo: Correcto.

Carrillo regresa a la casa de Gobierno.

C. del Pueblo: ¿Qué sentimiento más placentero el de vivir en paz...! Carrillo, viejo patriarca en cuerpo joven, larga vida te anunciamos, oh caro Gobernante.

Sale el Coro. Casa de Gobierno.

Belisario: ... Esta caja de puros es para usted...

Carrillo: No fumo, pero tienen un aroma exquisito... Puros de importación... Lo escucho, don Belisario.

Belisario: Con todo respeto, las leyes que firmó recientemente nos ponen en una situación difícil.

Carrillo: ¿Cuáles leyes? ¿Las leyes que se refieren a los hacendados? ¿A quiénes perjudica qué?

Belisario: Yo diría que a todos.

Carrillo: El pueblo se beneficia con esas leyes.

Belisario: Somos como un lago, si le cae una piedra su onda se expande en todas direcciones.

Carrillo: Necesitamos leyes justas para que haya progreso con un adecuado sentido de lo humano.

Belisario: Apoyamos sus esfuerzos, créame.

Carrillo: ¿Entonces?

Belisario: Cuestión de dialogar...

Carrillo: Al toro por los cuernos. Yo tengo un terreno y no lo uso, otro no tiene tierra y quiere

trabajarla. La tierra es para el que la trabaja. El decreto es claro.

Belisario: Es un proceso de cambio. Se necesita tiempo.

Carrillo: La ley debe buscar justicia, pronta y oportuna. Eso pretendo. Y eso me he propuesto.

Belisario: Los trapiches, por ejemplo, están perdiendo horas de trabajo. Usted pregona el trabajo, da el ejemplo trabajando día y noche. Póngase en nuestro lugar, queremos imitarlo, pero de repente surge una ley y todo se vuelve tan contradictorio.

Carrillo: Son varios los trabajadores que han perdido una mano o sufrido graves daños por falta de luz en las jornadas nocturnas. Si hay luz adecuada, se puede trabajar. Si no, hasta después del alba.

Belisario: Sólo pedimos un poco de comprensión.

Carrillo: ¿Considera arbitrarias las leyes puestas en vigencia?

Belisario: Se necesita producir, nos necesitamos los unos a los otros. Hay que correr ciertos riesgos, hacer ajustes en el camino. No somos insensibles con el alcance de las leyes que propone.

Carrillo: Pero no les gustan.

Belisario: No es eso... Es que...

Carrillo: ¿Arriesgaría perder una mano, un ojo, la vida, pudiendo evitarlo? Más vale prevenir que lamentar... Impulso un proyecto equilibrado, compréndalo. Lo material, lo espiritual, lo humano...

Belisario: Por supuesto... Por favor, ofrézcame un vaso de agua.

Carrillo: (Sirviéndole de un recipiente) Lo noto angustiado...

Belisario: Pensaba que sin trapiche, no hay trabajo... Sin trabajo hay hambre.

Carrillo: El poder de nuestra inteligencia es ilimitado. Según veo las cosas, podemos salir adelante sin ir a la ruina, ni de unos ni de otros.

Belisario: Eso espero.

Carrillo: Por cierto, ¿pagó esta caja de puros sus respectivos impuestos?

Belisario: (Desconcertado) ¿Perdón...?

Carrillo: Puros suntuarios de importación pagan impuestos, y no le veo a esta caja el membrete correspondiente. Que tenga buen día, don Belisario.

Belisario: ... Buenos días, don Braulio.

Sale Belisario.

Un haz de luz se concentra sobre Carrillo, quien sigue los pasos de Belisario. Luego continúa trabajando.

Salón habitual de reunión.

Entra el Coro de los Señores.

Sombreros de copa, cada uno en su respectiva silla. Se sientan. Una pausa en la que se produce un intercambio de saludos y consultas, risas y gran camaradería.

Entra Belisario, el único sin sombrero de copa.

C. de los Señores: Escuchamos...

Belisario: Los he convocado porque la situación es crítica. Me reuní con Carrillo pero no logré absolutamente nada.

C. de los Señores: Explíquese.

Belisario: Que estamos como en el principio. No vetará ni una sola ley. Nada de diálogo. Es un hombre terco.

C. de los Señores: Ahórrese los detalles. Una sola pregunta... ¿Existe la posibilidad de intentarlo de nuevo, quizá yendo uno de

nosotros, tal vez alguna mujer que lo suavice con sus encantos, alguna otra manera de provocar una negociación?... ¿Cuál es su opinión?

Belisario:

No vale la pena perder el tiempo. Aquí mismo vendría para defender sus argumentos. No va a cambiar. Es un hombre de carácter muy duro. Por lo menos en los aspectos que a nosotros nos interesan.

El Coro intercambia opiniones.

C. de los Señores: ¿Qué sugiere?

Belisario: Eso pregunto yo, ¿qué hacemos? Lo que soy yo, no vuelvo a conversar con ese hombre.

C. de los Señores: Sólo los ríos no se devuelven... (Consultan entre sí). Y si el hombre quiere, hasta los ríos se devuelven. ¿Comprende?

Belisario: ¿Qué resuelven?...

Nueva consulta del Coro entre sí.

C. de los Señores: Ya comprenderá. A nuestro modo de ver las cosas, el problema no es una ley, sino Carrillo. Las leyes son papel, se interpretan, se negocian, pero hay un muro que nos está haciendo la vida imposible. El es el Jefe de Estado. Desde el punto de vista legal no

ha incurrido en ningún delito ni abuso de poder.

C. de los Señores: ¡Claro que sí!... Se autoproclamó Jefe de Estado vitalicio. A eso felizmente se le llama dictadura. Ese es el punto donde debemos trabajar.

Belisario: En términos generales su gobierno ha sido bueno.

C. de los Señores: ... Su filosofía es confusa, Belisario.

Belisario: Hay muchas maneras de ser dictador.

C. de los Señores: Pero no esa tan obvia. ¿Lo defiende, acaso?

Belisario: Repito, con todo respeto, Señores... Carrillo ha sido un hombre íntegro. Sacó a Costa Rica de la Federación, su vida pública es intachable. Tiene defectos, por supuesto, por ratos se torna intolerante...

C. de los Señores: Belisario, ya tendrá sus ratos de ocio, usted y sus pensamientos. La realidad es diferente, las épocas cambian. Tenemos un problema, un serio problema.

Belisario: Los convoqué inmediatamente.

C. de los Señores: Nos gusta su rapidez... En cuanto a Carrillo, necesitamos un cambio.

Belisario: ¿Qué les hace pensar que modificará su actitud?

C. de los Señores: Un poco de astucia, maña fina, querido amigo.

Belisario: ¿Qué proponen?

C. de los Señores: ¿Conviene o no conviene Carrillo?

Belisario: Pareciera que no.

C. de los Señores: ¿Cómo que pareciera...!

Belisario: Ya les dije, depende de cómo se mire el asunto.

C. de los Señores: ¿Con quién está, Belisario?

Belisario: Con ustedes, por supuesto.

C. de los Señores: Entonces, deshágase de Carrillo. Y por favor, no deje ninguna evidencia que lo delate.

Belisario: Eso es fuerza, no maña.

C. de los Señores: Dios le dio inteligencia. Usela.

Belisario: No mancharé mis manos con sangre.

C. de los Señores: Nosotros no mencionamos la palabra sangre...

Belisario: Todos tenemos inteligencia, ¿comprenden...?

C. de los Señores: De acuerdo, ¿qué tiene en mente? Lo escuchamos.

Belisario: Carrillo tiene un período. Le faltan varios años.

C. de los Señores: Se nombró vitalicio. Así que necesitamos un hombre de acción que no comparta su proceder, un hombre que tenga temple, de carácter también férreo... Por ejemplo...

Belisario: Ustedes dirán...

C. de los Señores: Ya que no propone ningún nombre...

Belisario: Necesitamos consenso.

C. de los Señores: En estos asuntos hay que ser ágiles...

Un hombre que se encuentra exiliado en Chiriquí, atento a nuestro llamado. Si no es alguien grande, sería un error apresurarnos.

Belisario:

C. de los Señores: Es digno del cargo, de mucho respeto. De lo contrario nada de lo que hagamos será creíble.

Belisario:

¿Estamos todos de acuerdo en derrocar a Carrillo?

C. de los Señores: Nosotros no derrocamos a nadie, Belisario. Somos gente de paz... El hombre es Morazán...

Belisario:

Ah, no. Si quieren traer a Morazán, ensúciense las manos. Con su permiso...

C. de los Señores: No se vaya, por favor... Busquemos una solución razonable.

Belisario:

En ese caso, escucho.

El Coro consulta y debate entre sí, por momentos acaloradamente.

C. de los Señores: Nuestro interés, que usted también comparte, es que Carrillo deje de ser un obstáculo. Usted elige, lo dejamos a su entera discreción.

Belisario: ¡Qué fácil...!

C. de los Señores: ¿Entonces qué?... Vinimos a tomar decisiones.

Belisario: Tiene que haber otra salida.

C. de los Señores: Tuvo la oportunidad para decidir

con toda libertad. Como la desperdició, la orden es clara: Haga lo necesario para traer a Morazán.

Belisario: ¿Abruptamente? Me niego.

C. de los Señores: Belisario, sea razonable. Sin nosotros usted sería polvo miserable. Nosotros cuidamos su posición...

Belisario: ¿Es una amenaza...?

C. de los Señores: ¿Cómo se le ocurre? Apreciamos su amistad y querríamos seguir contando con ella.

Belisario: Lo pensaré.

C. de los Señores: No hay nada que pensar. Actúe con entera libertad, hágalo a su manera, pero hágalo.

Salen el Coro y Belisario por lados diferentes.

Casa de Gobierno.

Carrillo revisa varios folios y los separa en estricto orden, mientras se escuchan repiques de campana con ruido de bombetas y vivas al General Francisco Morazán.

Entra Morazán, taconeando las botas al caminar.

Morazán: ... Señor Carrillo...

Carrillo: ... Antes de partir a mi destierro quise dejar en orden asuntos relacionados con el Estado.

Morazán: Ordené que una escolta lo acompañe hasta Puntarenas. La goleta Izalco espera para embarcarlo. Va con rumbo directo a Guayaquil.

Carrillo: Disfrutaré del mar.

Morazán: ... La última vez que nos vimos fue en San Salvador. Su tesis era, digamos, que

Costa Rica hiciera vida rebelde. Una especie de isla con delirios de grandeza.

Carrillo: Y la suya era una tesis, si mal no recuerdo, de unir a la fuerza. Ganó la mía, para dicha de mi gente. Los delirios, digamos, los trae usted.

Morazán: Y ahora su gente lo quiere afuera, a usted.

Carrillo: Yo procuro el bien de los míos, no su ruina. Me voy con la conciencia tranquila.

Morazán: ... Braulio Carrillo, el hombre de la mano férrea que el pueblo no aguantó.

Carrillo: Está muy engañado, General. Lo que ocurre es que algunos hombres y fortunas influyentes quieren que nos detengamos en el tiempo, disponiendo a su antojo del Estado.

Morazán: Como usted, que tuvo la genial ocurrencia de autoproclamarse Jefe de Estado vitalicio.

Carrillo: Inamovible, no vitalicio. Durante el lapso de mi período constitucional sería inamovible. Igualmente para mis sucesores.

Morazán: Ya no está el poder en sus manos.

Carrillo: ¿Acaso está en las tuyas?

Morazán: Es lógico que piense así. Sin embargo, creo que yo sí seré inamovible... Error constitucional o no, lo cierto es que su carácter no duró tanto como le hubiera gustado.

Carrillo: Le podría dar mil razones para justificar mis ansias de no permanecer más en el atraso en que nos tuvieron los mercaderes del poder.

Morazán: Exagera. Su resentimiento es comprensible. Lo lamento por usted.

Carrillo: ¡Bienvenido, salvador del pueblo...!

Morazán: (*Con ironía*) Ya llegué, gracias.

Carrillo: ¡Siglos totalmente abandonados! La Corona española nos sangró. Guatemala y Nicaragua se disputaron largamente su hegemonía sobre nosotros, imponiéndonos entre otras cosas, tributos y leyes. Nunca tuvimos grados reales de autonomía. Nos la hicimos, nos supimos escabullir, a pesar de todo.

Morazán: Puede ser, tiempo pasado. ¿Cree que son diferentes? Pues no, estamos unidos por un mismo ideal, por un mismo pasado y por un futuro sin divisionismo.

Carrillo: Supimos aguantarnos, supimos esperar, aún sin saber. Necesitamos construir nuestras propias alas para volar. No requerimos profetas, porque tarde o temprano las tendremos. Los costarricenses no somos diferentes, somos nosotros. Sudaremos el batir de nuestra voluntad, seremos nosotros los que decidamos. Nuestra libertad jamás será puesta en discusión. Su venida es un atraso para nuestro futuro, pero sea bienvenido a nuestra hospitalidad. Disfrútelas. Después de todo, somos humanos.

Morazán: Olvidar es perdonar, Carrillo.

Carrillo: Eso es lo que les conviene a ustedes.

Morazán: Solos no somos nada. Unir, unidos nos respetarán.

Carrillo: ¿Unidos a la fuerza? Llegará un día, el mundo habrá dado un giro y, entonces, estaremos todos en la mesa. O los que hayamos hecho méritos.

Morazán: Debemos ir al ritmo de los tiempos. No podemos

quedarnos rezagados. Juntos, como hermanos.

Carrillo: Para usted el fin justifica los medios sin importar quien muera. Para mí, una vida, cualquiera que sea, es más importante que toda la historia.

Morazán: Me vi obligado a usar la fuerza.

Carrillo: Tiene fama con la espada. ¿Para qué? Lo echaron siempre de los demás Estados.

Morazán: El suyo me llamó.

Carrillo: Mire más allá de su nariz...

Morazán: ¡Qué pequeño es usted, Señor Carrillo...!

Carrillo: Soy bajito, no puedo remediarlo. Qué alto y fornido es usted, General. Lástima que no sea estadista.

Morazán: Se lo dije en San Salvador y se lo repito ahora: los pueblos necesitan caudillos, grandes ideales que los guíen.

Carrillo: Y yo le repito aquí lo que le dije en aquella ocasión: los pueblos de paz que quieren progreso, no necesitan armas, ni generales, ni retóricas. Necesitan leyes, gobernantes, libertad.

Morazán: Su epitafio, Señor Carrillo, ya empezó. Un tirano sin pueblo es nada.

Carrillo: Los pueblos que han vivido la libertad nunca la dejan al arbitrio de los impíos por tiempo indefinido.

Morazán: Somos un solo pueblo fragmentado. No varios, uno solo.

Carrillo: Antes de darle progreso al mundo yo escogí dárselo en paz al mío, el mismo que usted invadió...

Morazán: Se habla de la penetración inglesa en Costa Rica. Ellos habrían estado ejerciendo una suerte de dominación sobre sectores de su ex-gobierno. A lo mejor sobre

usted. ¿Quién está realmente limpio, Señor Carrillo?

Carrillo: Aquí tenemos una frase: «A mí que me registren.» Un rumor lo inventa cualquiera. A mí también me habían llegado algunos de que los ingleses no podían controlar esta región si no era a través de una Federación, por cierto, como la que usted propicia. No han podido controlar Costa Rica debido a que las políticas de Carrillo eran las de tener una economía propia. Tal parece que la economía es un factor decisivo para tener o no tener independencia. Siento curiosidad por saber, ¿quién realmente está detrás de usted, General?

Morazán: Despreocúpese. Dichosamente, su dictadura terminó.

Carrillo: Y la suya que apenas comienza, ¿le permite ver mejor?

Morazán: Su ambición es enfermiza. Está lleno de rencor.

Carrillo: Pisa un terreno escabroso, General. Quieran todos acompañarlo siempre.

Sale Carrillo. Morazán lo observa y luego se desabotona el cuello de su uniforme.

En la Plaza. Entra el Coro del Pueblo.

C. del Pueblo: ¡Ay de mí...! ¡Qué trágico día! Carrillo ha partido con lágrimas en los ojos; Pidió que no disputemos entre nosotros. ¿Quién sabe a ciencia cierta el destino fijando su mirada en el horizonte, cuando no sabe lo que ocurre a sus espaldas? Cuando Carrillo más seguro se creía su fiel Jefe de Armas lo traicionó...

El Coro se divide en dos Semicoros.

Semicoro 1: El General Vicente Villaseñor no estaba solo. Fue gente importante quien negoció la venida de Morazán.

Semicoro 2: No se puede juzgar sin conocer realmente lo que pasó.

Semicoro 1: ¿Y qué pasó, si puede saberse?

Semicoro 2: Tal vez a Carrillo se le fue la mano y negoció un cambio digno. El General Morazán es hombre de gran prestigio.

Semicoro 1: Morazán no es bienvenido para mí. Bueno, sí es bienvenido, pero no así, a la brava.

Semicoro 2: Aceptemos los hechos. Carrillo se fue.

Semicoro 1: También podría irse Morazán.

Semicoro 2: ¿Lo vas a derrocar?

Semicoro 1: No me gusta la violencia.

Semicoro 2: ¿Entonces?

Semicoro 1: No sé.

Semicoro 2: Estás contrariado.

Semicoro 1: Indignado. Y ustedes que apreciaban tanto a don Braulio... Bueno, eso decían...

Semicoro 2: Vivamos y dejemos vivir.

Semicoro 1: ¿Te gusta vivir indignamente?

Semicoro 2: Es fácil buscarse problemas.

Semicoro 1: ¿Y si los problemas vienen de otras ambiciones y no de las de uno?

Semicoro 2: Corta es la vida sobre la tierra, pronta es la muerte sobre nosotros, como la flor de un día caemos dejando atrás nuestro corazón, nuestras casas y nuestras preocupaciones.

Semicoro 1: Si corta es la vida, largos deben ser nuestros sueños, porque muerto en

vida está quien vive pensando que la vida es un no hacer nada útil por la justicia, y menos cuando tiene conciencia de que cada brote de la tierra, como retoño de hombre, debe ser preparado para defender las causas justas. Con esa esperanza renace la estación, en un pleito interminable por los que abusan y los que no hacen nada por impedirlo.

Semicoro 2: Bajo el sol, vivamos.

Semicoro 1: Así como la hierba tiene su lugar y su razón de ser en el campo, nosotros tenemos un espíritu que no debe encerrarse ni por temor ni por abulia o por interés personal.

Semicoro 2: No nos perturbemos y tendremos larga vida.

Semicoro 1: ¿Dónde estamos? No durmamos hasta que no calmemos la conciencia y respire tranquilo el corazón.

Se escucha música de mandolina y un jolgorio que sube de tono y se pierde.

Semicoro 2: Pero si la gente celebra, está feliz el ambiente con la llegada de Morazán.

Semicoro 1: No todos.

Semicoro 2: ¿Por qué complicarnos con requiebros inútiles ante los hechos que circulan, si podemos estar en la juerga? ¿No te parece absurdo?

Semicoro 1: Yo no te impido la fiesta. Hoy es martes trece y, aunque dicen que es de mal agüero, para mí es martes de calamidad por los que se prestaron para la traición.

Semicoro 2: No hay que ser rencorosos.

Semicoro 1: Vivir es callar, ¿cierto? Me voy a gritar solo en alguna loma... Les luciría un traje de tonos suaves para el baile de coronación, amigos. Hasta luego.

Semicoro 2: Ni de fiesta ni de luto... No querría que nos enemistáramos.

Semicoro 1: A como van las cosas, nada te puedo asegurar.

Semicoro 2: Estemos al tanto de lo que ocurre. ¿Te parece?

Semicoro 1: Es como dejar que no pase nada. Tomemos otra iniciativa y averiguemos más a fondo los nombres y movimientos de los intrigantes que trajeron a Morazán.

Semicoro 2: No sé.

Semicoro 1: No saber es una posición muy cómoda.

Semicoro 2: Tiene sentido para una vida tranquila.

Semicoro 1: Vamos, no nos involucremos ni a favor ni en contra. Luego sacamos nuestras conclusiones. ¿Qué dicen?

Semicoro 2: De paso, nada más. Todo sea por la amistad.

Salen ambos semicoros. Casa de Gobierno.

Morazán revisa un folio mientras camina. Entra Saravia.

Saravia: El Señor Belisario Castro pregunta que cuándo anularás las leyes que dictó Carrillo.

Morazán: Fue parte de mi compromiso y cumpliré. Publicaremos el Decreto apenas el Congreso me ratifique como nuevo Jefe de Estado.

Saravia: Le explicaré. Tienes visita.

Morazán: ¿Quién?

Saravia: Te agradecerá.

Morazán: Que pase...

Saravia pasa a doña Anaclea Arnesto, quien viste un elegante traje de corte francés. Sale Saravia.

Morazán: ... ¡Anita, qué gusto verte...!

Anaclea: Estás encantador.

Morazán: Es mi costumbre.

Anaclea: En círculos de la alta sociedad de San José y Cartago se comentaba de tu venida, pero no creí que fuera tan pronto.

Morazán: Un poco de audacia, por la urgencia. Me necesitaban y vine.

Anaclea: ¡Qué alegría tenerte cerca...!

Se abrazan.

Morazán: ¡Tanto tiempo sin vernos, Anita...! ... Luces deliciosa.

Anaclea: Lo mismo te digo. No hay distancia para el corazón.

Morazán: Tenía toda la intención de venir a verte, te lo juro. Y de repente, Costa Rica entera me reclama. No cabía de contento.

Anaclea: Yo guardaba silencio cada vez que hablaban de tí, pero por dentro estaba feliz.

Morazán: ... Gracias, Anita.

Anaclea: Estoy tan emocionada que tiemblo, Chico. No se qué decir, estoy contenta.

Morazán: Tu presencia es suficiente para mí. Me había conformado con solo imaginarte.

Anaclea: Cuidate mucho.

Morazán: Donde más me adversaban, me llaman libertador y me reciben por aclamación... ¡Qué vueltas da la vida...!

Anaclea: Dichosamente. ¡Cuándo vendrás a visitarme?

Morazán: Formalmente, iré pronto a Cartago.

Anaclea: ¡Y sin tanta formalidad?

Morazán: Cuando quieras.

Anaclea: Estaré esperándote.

Morazán: A propósito, tu marido seguirá como Comandante de Plaza de Cartago.

Anacleto: Gracias, Francisco.

Morazán: Hasta pronto...

Morazán le besa emotivamente ambas manos. Sale Anacleto.

Morazán: ¡General Saravia!...

Entra Saravia.

Saravia: *(En broma, con una capa en la mano)* A la orden Señor... Lo que el Señor ordene...

Morazán: Tengo un compromiso y se hace tarde.

Saravia: La capa, Señor...

Morazán: *(Remedándolo)* La capa, General... Gracias.

Saravia: *(Ayudándole a ponérsela)* Vas muy elegante, Chico.

Morazán: Un General es un General.

Saravia: ¿Puedo acompañarte?

Morazán: Esta vez no.

Saravia: A mí también me gustaría tener cierto tipo de compromisos...

Morazán: Conservas un aire juvenil. Aprovechalo, sal a caminar un poco...

Saravia: Lo haré.

Morazán: Te daré algunas instrucciones.

Salen Morazán y Saravia.

Entra el Coro del Pueblo dividido en dos semicoros.

Semicoro 1: Todo está en calma, no entiendo...

Semicoro 2: ¿Por qué habríamos de revolverlo?... Estuvimos en la celebración, ¿y qué viste? La misma gente, alegre, sin preocupaciones. La vida continúa. ¿Por qué hacemos un nudo de lamentos? ¿A quién le interesa?

Semicoro 1: Eso es lo que duele. Qué lindo no arriesgar, acomodándose a las circunstancias ilegíti-

mas. Peor, ilegítimas e inmorales.

Semicoro 2: No hay que romperse la cabeza en asuntos que están fuera de uno. No podemos hacer nada por cambiar a quienes no están interesados. En resumen, dejémonos de tristezas y a vivir, que la vida es corta y vale la pena disfrutarla con todos sus goces.

Semicoro 1: Don Braulio no era perfecto, nadie lo es, pero no merecía esa suerte.

Semicoro 2: Hay muchas cosas que nos inquietan que de momento no tienen respuesta... Aceptémoslo, es la realidad de los hechos presentes. Aunque uno quisiera que el mundo y la gente fueran otros, vivires nuestra obligación.

Semicoro 1: Es que no estamos haciendo nada. Comer, dormir, fornicar, despertar...

Semicoro 2: El silencio ayuda a meditar. El silencio es buen consejero, te lo digo por experiencia.

Semicoro 1: ¿Cómo es posible tanta entrega sin corazón? Es que no se cambia de la noche a la mañana así porque así. No lo creo, no lo acepto, no lo comparto. Es traición a las convicciones de uno, lo único que tenemos que nos pertenece totalmente. La libertad de plantarse frente a un asunto, en determinado momento y, tener nuestra propia respuesta de vida con dignidad.

Semicoro 2: Cavilar con tanta profundidad enflaquece, confunde al entorno. Mejor comamos, bebamos, cantemos y vivamos en paz.

Semicoro 1: Recordá... «Traición, pueblo mío. Yo me voy, ustedes quedan, sus hijos crecen. No derramen sangre por mí...» Eso fue lo que dijo don Braulio. ¿Te acordás?... Y partió... Iba deshecho. Se sentía su tristeza, a pesar de que trataba de ocultarla. Perdimos a uno que nos quería. ¿Entendés? No hicimos nada por defender el anhelo de la esperanza en libertad. Maldito sea yo también...

Entra la Sombra de Carrillo.

S. de Carrillo: Tendremos nuestro perfil... Yo lo supe desde que nací a las leyes de un orden superior. La sangre genera sangre, y nosotros queremos sangre de vida, no de muerte. El odio debe paliarse con obras de bien común. Estar siempre dispuestos a dar y a defender la justicia como bien supremo.

Semicoro 1: ¡Los cañones están listos, don Braulio! ¡Dé la orden y echaremos a esos perros sin patria...! ¡Fuego!... ¡Fuego!...

S. de Carrillo: Un momento de locura y sería nuestra perdición. Ganaríamos una batalla pero perderíamos la guerra del ideal que nos une como hermanos.

Semicoro 1: ¡Los tiraremos al mar y quemaremos sus naves! Después nadie se acordará de ellos.

S. de Carrillo: Pero sí de nosotros... No caeremos en su juego. No construiremos el infierno en que ellos han vivido. Tenemos un destino que construir... El trabajo, la ciencia, el hombre. Ni las balas ni los generales.

Semicoro 1: ¡Fuego, don Braulio, fuego en el pecho, fuego en la tierra, vomiten fuego los cañones...!

S. de Carrillo: ¿Qué es aquello...?

Semicoro 2: ¡Una mancha de polvo se acerca...!... ¡Trae bandera blanca!

S. de Carrillo: Dejen que se acerque...

Semicoro 2: Sí, Señor... (*Hace señas*).

S. de Carrillo: Esa bandera blanca es de guerra, sábana de muerte y opresión.

Semicoro 1: Con todo respeto, podríamos darles un poco de pólvora moderna. Como dicen los poderosos, diplomacia y garrote.

Semicoro 2: Sos terco. Estamos en un dilema. Bajá tus tambores de guerra.

Semicoro 1: Podríamos vencerlos. Sería una dura batalla, pero estamos en nuestro derecho y me gustaría enfrentarlos.

S. de Carrillo: Morazán no es el problema. El es solo un hombre, honesto si se quiere. Hay que mirar la verdadera intención de lo que parece obvio. Para iniciar un conflicto basta con cualquier incidente, un pretexto cualquiera

abre la cañería. ¿Cuándo y a qué costo se cierra después?

Semicoro 1: Sigo pensando que si da la orden, los acabamos y dejamos las palabras para otro tipo de discursos.

S. de Carrillo: Estar en medio de la guerra es una experiencia infeliz. Aunque hoy les parezca extraño, prefiero irme. Viviré con la pesadilla de la traición que me hicieron mis propios compatriotas, pero no pienso en mí, sino en ustedes, mi pueblo. ¿Creen que no es doloroso renunciar al poder cuando se tiene de sobra para ejercerlo con creces? Por unas monedas la política y la guerra se casaron hace largo rato. Yo no asisto a esas bodas de funeral.

Sale la Sombra de Carrillo.

Semicoro 2: ¿Disparamos o no disparamos?..

Semicoro 1: Se nos va con lágrimas en los ojos...

Semicoro 2: No estés tan afligido.

Semicoro 1: Comeré como un cerdo. Adiós...

Semicoro 2: Morazán se ha comportado correctamente.

Semicoro 1: Es un caballero. Gusta mucho a las damas. ¿Habrá venido a bailar?

Semicoro 2: Paz, paz a tu corazón.

Semicoro 1: ¡Fuego, fuego..!

Entra don Belisario.

Belisario: ... ¡Salud, noble pueblo!

Semicoro 1: Para el que la tiene.

Semicoro 2: Por lo visto, sus negocios marchan.

Semicoro 1: Excelente traje.

Belisario: Corte inglés. Están de moda.

Semicoro 2: El que puede, puede.

Belisario: Todos podemos con un pequeño esfuerzo. En realidad, libertad es la palabra clave. Libertad de elección, libertad para elegir a nuestro gusto. Dan ganas de trabajar cuando no hay tiranías.

Semicoro 1: Ni Gobierno, por supuesto.

Belisario: Morazán nos hará grandes. Eso va con nuestros sueños ocultos, nuestra manera de ser fundamental.

Semicoro 1: ¿Cree usted que Morazán tiene un buen programa de gobierno, mejor que el de Carrillo?

Belisario: No le quepa la menor duda. Los malos tiempos se quedaron atrás.

Semicoro 1: O sea, habrá progreso por doquier.

Belisario: Disfrutaremos de la cosecha en abundancia.

Semicoro 1: En ese caso me iré a descansar.

Belisario: Disfrute de los tiempos de vacas gordas y crezca feliz.

Semicoro 2: ¿Cree usted que Morazán es el hombre perfecto para nuestras necesidades de Gobierno?

Belisario: Seamos sinceros. Perfecto solo Dios. Sin embargo, en términos generales la suerte nos acompaña. Hay mucha insidia en el ambiente, pequeñeces, que solo atrasan los planes del nuevo Gobierno de

salvación nacional que nos ha enviado la Providencia.

Semicoro 2: ¿Alguna intención de logro particular a corto plazo?

Belisario: Por favor, pensemos en grande. Morazán nos da prestigio.

Semicoro 1: Cada uno en su mula, digo yo, Señor.

El Semicoro 1 se aleja.

Belisario: ¿Quién puede garantizar, rezando antes de acostarse, que no ha cometido errores en su andar cotidiano? Miremos los hechos positivos, y sensibles como somos, tiremos al fuego los actos despreciables. Enseguida vendrá el goce del espíritu con su ola de armonía.

Semicoro 2: Muy cierto, muy cierto.

Belisario: Sabiduría para vivir, esa es la otra fuerza que nos une. Convivir con fe en lo que hacemos, con un espíritu tenaz que mueva montañas.

Semicoro 2: (Aplaudiendo) ¡Admirable...!

Belisario: Vamos, pues.

Semicoro 2: Palabras llenas de coraje. Gracias, don Belisario. Su fuerza de espíritu nos da confianza y fortaleza a nosotros también.

Belisario: Los espíritus pesimistas contagian con sus actitudes negativas...

Semicoro 2: Muy cierto...

Belisario: Por cierto, qué gusto es charlar con ustedes...

Sale Belisario.

Semicoro 2: ... Vana pretensión la humana creeren el destino sin tomarlo en cuenta.

Semicoro 1: ¡Destino, qué jarabe nos prepararás?...

Semicoro 2: ¡Arriba los ánimos!

Semicoro 1: No debo consultar a la almohada lo que dentro del pecho me desconciela y está a la vista. Que hubo traición y acomodamiento después, eso es una infamia de rutina en la sociedad. Agarremos por el cuello nuestra suerte y sometámosla a nuestra voluntad. Las cosas podrían cambiar y quizá veríamos el equilibrio volver al dominio del orden que se rompió... ¿Qué hacer?... Me carga la conciencia... ¡Al diablo los buenos modales...! Definitivamente, no los queremos.

Semicoro 2: Calma, calma, calma, o morirás joven.

Semicoro 1: Largate...

Sale el Semicoro 2.

El Semicoro 1 recoge una piedra y la arroja sobre la Casa de Gobierno.

Semicoro 1: ¡No los queremos!

Sale el Semicoro 1.

Casa de Gobierno. Entra Saravia. Morazán termina de escribir un folio, lo sella y amarra con mucho cuidado.

Saravia: ¿Se puede?

Morazán: ... No...

Saravia: Apuesto General y Jefe de Estado, ¿qué tal estuvo la velada?

Morazán: Excelente, José Miguel. Cartago es muy especial.

Saravia: Supongo. ¿Saludaste a doña Anacleta?

Morazán: Estuve en su casa.

Saravia: ¿Y su esposo, don Pedro Mayorga?

Morazán: Morazanista como no hay dos. Me tenía un informe completo del Cuartel de Cartago. Organizó un desfile con parada militar y todo el tiempo estuvo a mi lado una Guardia de Honor.

Saravia: Se habla mucho en las calles y en ciertos convivios de salón del apuesto General Morazán.

Morazán: ¿Envidia...?

Saravia: Mi temperamento es otro. ¿Y si tu esposa se da cuenta que tu presencia conmueve a cierto corazón cartaginés?

Morazán: No lo creo. A menos que quieras irle con el chisme a Panamá.

Saravia: Lo pensaré y te aviso... Aquí tienes el inventario de armas y hombres que hay en todos los cuarteles... (Le entrega un folio).

Morazán: (Leyendo) ... Armas en mal estado... Falta de municiones, hombres sin preparación adecuada... ¿Para qué cuarteles con esas características?

Saravia: ¿Y qué esperabas?

Morazán: Por lo menos mejores armas.

Saravia: Confórmate con bellas mujeres, como las de Cartago.

Morazán: Tienes razón...

Saravia: ¿Alguna sugerencia...?

Morazán: Mejoraremos el sentido de los cuarteles. Con un poco de paciencia serán orgullo local.

Saravia: ¿Qué te hace pensar así?

Morazán: Desde que llegamos sólo hemos recibido muestras de simpatía.

Saravia: Una piedra golpeó la puerta de la Casa de Gobierno.

Morazán: ¿Y...?

- Saravia:** Trato de interpretar el hecho. Es un aviso.
- Morazán:** ¿Quién la tiró?
- Saravia:** Lo ignoro.
- Morazán:** Nada que deba alarmarnos.
- Saravia:** Villaseñor está haciendo averiguaciones.
- Morazán:** Suspéndelas de inmediato.
- Saravia:** Pero Chico, hoy son piedras, mañana podrían ser cosas peores.
- Morazán:** A Francisco Morazán no lo intimidan las balas. ¿Te acobardas ante las piedras?
- Saravia:** Por supuesto que no...
- Morazán:** Excelente...
- Saravia:** Me gustaría saber quién fue, solo eso.
- Morazán:** Cualquier ave de paso... En marcha, José Miguel. La estrella de nuestra fortuna nos sonríe.
- Saravia:** ¿Adónde vamos?...
- Morazán:** ¿Qué te parece si nos lanzamos de lleno a organizar la Federación?...
- Saravia:** ¡Será posible...! ¡Tamaño secreto te guardabas!... Vaya sorpresa tenías debajo de la manga.
- Morazán:** Ya es de dos.
- Saravia:** ...Fracasaste en los intentos anteriores. Ninguno de los Estados realmente se interesó en el proyecto. Y menos Costa Rica.
- Morazán:** Sin traer al presente las profundas heridas que me ha dejado semejante empresa, pienso que tal vez no era el momento. Ahora sí, creo que esta vez tendremos adeptos que sí entienden la meta, la patria, el futuro.
- Saravia:** ¿A quién invadiremos?
- Morazán:** ¿Quién mencionó invadir?
- Saravia:** Lo siento.
- Morazán:** Necesitamos construir una Federación. Dispersos seremos presa fácil de otros Estados mejor organizados, de Repúblicas mayores, con más poder.
- Saravia:** Esta gente son un enigma para mí, te lo confieso con toda honestidad.
- Morazán:** Este pueblo me trajo, se conocen y saben lo que quieren. Desde Costa Rica haremos realidad el proyecto que tanto nos ha desvelado.
- Saravia:** Podemos esperar un poco.
- Morazán:** No hay misterio alguno. Hasta el General Villaseñor fue condecorado por el Congreso.
- Saravia:** A Villaseñor le aplaudió su acción el Congreso, no el pueblo.
- Morazán:** El pueblo nombró al Congreso.
- Saravia:** Es posible, pero esos no arriesgan nunca. Si lo sabremos nosotros.
- Morazán:** José Miguel, hay momentos en nuestras vidas donde la duda tiene asidero justificado. Ahora es diferente. Cuando el Coronel García Escalante fue a visitarme a Panamá, me aseguró que sería recibido con honores, como en efecto ha ocurrido, día tras día.
- Saravia:** Está a la vista. Sólo tengo la inquietud de conocer más de cerca el panorama de la calle.
- Morazán:** Sal a caminar por las calles, y escúlcaslas. Mientras tanto, ¿qué te parece si nos ponemos manos a la obra?
- Saravia:** Si lo crees posible, te sigo. Yo creo en la Federación.
- Morazán:** El que tenga valor, que siga a su General.
- Saravia:** O que se regrese.
- Morazán:** Sabía que contaría contigo.
- Saravia:** ¿Puedo enterarme de tu plan?
- Morazán:** Enviaremos una Embajada pacífica a Nicaragua. Le propongo a su Congreso la unión de ambos Estados y le ofrezco, con la mejor de las intenciones, que se anexen Guanacaste.
- Saravia:** Cuidado, Chico. Guanacaste es de Costa Rica.
- Morazán:** No hay que decir nada hasta que unamos los dos Estados. Después seremos uno solo. ¿Qué importancia tiene un pedazo de tierra arriba o abajo si el dueño es el mismo?
- Saravia:** ¿Y si recibimos una negativa?
- Morazán:** Les interesará. Juntos, José Miguel, como en los viejos tiempos. La Embajada saldrá a la mayor brevedad.
- Morazán:** Sí, Señor.

En la Plaza. Entra el Semicoro 2.

Semicoro 2: ...Reflexionemos juntos, amigos. Son momentos difíciles para los que no aceptan que Carrillo ya no está. ¿Para qué seguir rompiéndose la cabeza con imposibles?... ¿Gobierno, de quién es en realidad? Locas fantasías de los que quieren gobernar sin tener ninguna cuota de poder para el ejercicio. Uno tiene responsabilidades que cumplir en su casa, en nuestras actividades personales. Uno que otro, por aquí o por allá, están inconformes con el nuevo Gobierno. Siguen con el tema. No hay por qué darle tanta vuelta al asunto. Yo, por ejemplo, tengo problemas. Un día se me resuelven, otros tengo menos suerte, pero de ahí a tomar acciones violentas contra el Gobierno, no. Todo tiene un límite y ya no estoy para revueltas...

Entra el Semicoro 1.

Semicoro 1: Escuché y no me asombro de tu actitud. A cierta edad mental lo mejor es tomar una bebida caliente, meterse entre paños tibios y acostarse temprano.

Semicoro 2: Dentro de unos años tendrás la experiencia que yo peino. Me darás la razón.

Semicoro 1: Tal vez tienen demasiada experiencia personas que comen y caminan con sabiduría muerta. Mucho aconsejar y peinar canas. ¿Cómo ha cambiado el mundo, ah? ¿Con milagros? No. Con otra actitud. Si uno se sienta a recordar el pasado, se convierte en estatua de sal por no mirar el futuro, nuestro futuro, no el de Carrillo o el de Morazán. Fantasmas como ustedes necesitan rezar para reconciliarse con Dios. Otros entonamos cantos diferentes.

Semicoro 2: No somos cobardes, si esa es tu afirmación.

Semicoro 1: ¿Es que acaso vivir es conformarse con sobrevivir?

Semicoro 2: Cada estación tiene sus frutos.

Semicoro 1: El árbol se acaba si no hay semilla que germine.

Semicoro 2: Cada semilla tiene su terreno.

Semicoro 1: Y cada hombre su tiempo. El de ustedes trota en un pasado que no va con el ritmo de la situación actual.

Semicoro 2: De verdad que sos insolente.

Semicoro 1: Les haría un favor si los dejara en paz, así que váyanse acostumbrando,

o retírense a morir en un convento. Necesitan piel de mortaja, no sangre de hombres con alas de ángel.

Semicoro 2: Muy impulsivo. Con la vida se conserva la esperanza. Morazán no es eterno.

Semicoro 1: Nosotros tampoco. La esperanza sólo se alcanza con acción. Vean la clase de gente que forma el ejército del invasor: pendencia, riña, abuso.

Semicoro 2: Denunciémoslo, eso tiene arreglo.

Semicoro 1: Y aunque no lo tuviera, son invasores. Los une el mismo fin.

Semicoro 2: Morazán ha sido intachable.

Semicoro 1: Entonces que ponga en cintura a su soldadesca.

Semicoro 2: Estoy seguro que no se ha dado cuenta.

Semicoro 1: ¿No le han llevado el chisme? ¡Qué lerdos! Que se vayan los invasores. Ustedes podrían hacerles compañía.

Semicoro 2: Insultás porque hay demasiado veneno en tu corazón.

Semicoro 1: Estoy lleno de vida, no soy todavía fantasma.

Semicoro 2: Insultás.

Semicoro 1: ¿Yo? Jamás, jamás, jamás...

Semicoro 2: No te extralimités. No compartimos tus amagos de violencia. Exigimos respeto a nuestras ideas y a nuestro proceder.

Semicoro 1: Se merecen un bello funeral.

Semicoro 2: (Casi agresivos) Antes iríamos a otro entierro.

Semicoro 1: Eso decía yo... (Escupe a los pies del Semicoro 2).

Semicoro 2: ... Te podría costar muy caro ese salivazo...

Semicoro 1: (Enfrentándolos abiertamente) ¡Ah, sí...! Estoy esperando... Como vuelvan a levantar la mano amenazándome, probarán el sabor de mis puños en almíbar de su sangre. Tóquenme... ¿Qué esperan...?... Dejemos que corra la sangre y de paso nos enteramos quién la tiene rancia...

Semicoro 2: (Reflexionando entre sí)... Dejanos solos... Si no es mucha la molestia...

Semicoro 1: Con gusto...

Sale el Semicoro 1.

Semicoro 2: ... Convivir en armonía es el secreto para no perecer, ocupando cada uno el lugar que le corresponde. Simples mortales como somos, deberíamos comprender que somos nada... Vivir, amigos, vivir es lo que nos toca, hasta que la muerte natural con su negra fragancia de blanco nos meta en el coche del nunca jamás... ¿Pero, qué ocurre...?... ¿Nos estamos dividiendo o es una mueca del destino que quiere vernos enfrentados...? No nos separemos, por favor, por nosotros, por piedad... ¡Oh, Dios...!

El Semicoro 2 se divide.

Una parte sale por un lado y la otra por otro, marcadamente indeciso. Casa de Gobierno. Entra Saravia.

Saravia: La Embajada que enviaste a Nicaragua está de vuelta.

Morazán: ¿Tan pronto?

Saravia: La devolvieron.

Morazán: ¿Por qué motivo?
Saravia: Nicaragua decidió anexar Guanacaste por su cuenta.
Morazán: Eso es delicadísimo... ¿Quién lo dice?
Saravia: Su Congreso lo decretó.
Morazán: ... ¡Maldita sea con esos ambiciosos!...
Saravia: Eres el Jefe de Estado de Costa Rica. ¿Qué harás?
Morazán: ¡Mira en la situación que me ponen...!
Saravia: ¿Qué harás? La situación se torna laberíntica.
Morazán: ¿No habrá algún error de interpretación? En esas Embajadas hay que ser muy fino, diplomático...
Saravia: Chico, toda plática sobra.
Morazán: ¿Por qué tenían que hacerlo? ¿Por qué quieren tomar el camino más difícil?... ¡Mira qué horizonte promisorio...!
Saravia: ¿Usaremos la persuasión militar?
Morazán: ... No me dejan otro camino. Todo marchaba tan pacífico... Lo echaron a perder por pura ambición.
Saravia: ¿Atacaremos...?
Morazán: Con calma, General Saravia... En estos casos, sangre y patriotismo van unidos. Se hará reclutamiento para la defensa del Estado. Estamos bajo ordenanza militar en tiempo de campaña.
Saravia: ¿Firmarás el decreto?
Morazán: Sí. Pero primero le daré la noticia a mis fieles soldados....

Sale Morazán y detrás suyo Saravia.

SEGUNDA PARTE

En la Plaza. Entran el Semicoro 2 y el Semicoro 3 por lados diferentes.

Semicoro 2: ¿Dónde estabas?
Semicoro 3: ¿Y vos, qué?

Semicoro 2: Nada, de repente nos separamos y nos fuimos cada uno por su lado.
Semicoro 3: ¿Qué pasó?
Semicoro 3: Nada. Prefiero seguir por mi cuenta.
Semicoro 2: Te vas a los extremos. Busquemos una opción razonada.
Semicoro 3: No estoy para razonar.
Semicoro 2: Te invito a comer.
Semicoro 3: No tengo hambre.
Semicoro 2: Vas por mal camino. ¿Dónde te habías metido?
Semicoro 3: Camino. Cavilo. Estoy atrapado en la encrucijada.
Semicoro 2: Por favor, amigo, ¿qué nos pasa? Dejemos que los acontecimientos sigan su curso. Esperemos un poco. Si algo debe ocurrir, nada lo detendrá. Es una ley inexorable del destino.
Semicoro 3: ¿Cuál?
Semicoro 2: Te noto extraño, con cierta ironía.
Semicoro 3: ¿Adónde vamos, adónde nos llevan?
Semicoro 2: Donde quiera que sea, estaremos unidos. No perdamos la cabeza con actos emotivos. Tenemos voluntad para controlar los impulsos.
Semicoro 3: Yo estoy flotando en un mar de dudas.
Semicoro 2: No es nuestro negocio. Lo nuestro es dedicarnos a nuestros asuntos, preservar la vida como el más caro tesoro que tenemos y llegar a la vejez con dignidad.
Semicoro 3: La vejez anida en los espíritus melindres y el tuyo se debilita aceleradamente. Tengo miedo, lo reconozco. Por eso mismo empiezo a tener un entendimiento diferente.

Semicoro 2: Los que se lamentan por Carrillo no hicieron nada por evitar que lo derrocaran. Yo soy práctico, Morazán es Morazán.
Semicoro 3: ¿Perdiste el valor de decir no?
Semicoro 2: ¿Es que no podemos vivir en paz?
Semicoro 3: Nosotros no vivimos aislados. Somos parte de lo que pasa.
Semicoro 2: Vivir con sabiduría. Vive tú que yo viviré, como dice el adagio.
Semicoro 3: ¿Así de sencillo?
Semicoro 2: Permite buscar un equilibrio razonado.
Semicoro 3: El Gobierno de Morazán ha sido nulo.
Semicoro 2: No estoy enterado de nada, no quiero saber nada de nada. Yo no pierdo mi tiempo en campañas de ninguna clase.
Semicoro 3: Hay movimiento en el Cuartel Principal.
Semicoro 2: Es asunto de ellos.
Semicoro 3: Por lo menos quiero estar al tanto de lo que ocurre.

Sale el Semicoro 3.

Semicoro 2: Yo les digo que no vale la pena. Lo único que tiene sentido es conservar la vida. Lo demás es euforia de aventura donde muchos perecieron... ¿Por qué son tan complicados?

*Sale el Semicoro 2.
 Casa de Gobierno.*

Belisario: Usted habla de una contribución especial para gastos de guerra.
Morazán: Estrictamente lo necesario.
Belisario: ¿Cuánto?
Morazán: Apenas lo justo para lograr una victoria contundente.

Belisario: El dinero no cae del Cielo, comprenda.

Morazán: Derogué las leyes de Carrillo que tanta molestia les causaban. ¿Cuál es la queja?

Belisario: Comprenda el punto, General. No es que nos rehusamos, y menos en momentos tan aciagos... El asunto es encontrar una fórmula, digamos, ¿cómo podríamos conciliar una victoria militar sin la quiebra económica?

Morazán: Podrían quedarse sin Costa Rica, perder los bienes y hasta la vida. ¿Qué les impide ofrecer los medios para obtener futuro y grandeza?

Belisario: ... ¿Será larga la campaña?

Morazán: Difícil predecirlo, le soy sincero. Nos han declarado la guerra, eso es todo lo que sabemos. Supongo que siguiendo su tradición militar en Nicaragua estarán bien armados.

Belisario: ¿Ha pensado en otras alternativas?

Morazán: Me gustaría escuchar alguna mejor de las que barajé. No tenemos otra salida. Un golpe militar certero y acabamos con la pesadilla, pero necesitamos recursos que las Arcas del Estado por sí mismas no tienen.

Belisario: No puedo decidir por otros. Puedo, claro está, convocar a una Junta, personas de confianza, pero nada más. No tengo ningún poder, soy un simple ciudadano.

Morazán: Nuestros actos son políticos, aunque no nos guste.

Belisario: Lo admiro, General. Es usted un hombre íntegro. La política, para decírselo con franqueza, no es algo que me apasiona. Cuento con mi apoyo total.

Morazán: Es un alivio escucharlo. Gracias.

Belisario: Son momentos cruciales, General. Estoy dispuesto a ir en primera línea por la defensa del Estado. No me corresponde la decisión de otros sino la mía. Sin embargo, haré lo que esté a mi alcance para que su petición reciba un apoyo masivo, casi que de inmediato.

Morazán: Las contribuciones no serán por tiempo indefinido. Les doy mi palabra.

Belisario: Conociéndolos como los conozco, su petición encontrará un eco favorable. Se lo garantizo.

Morazán: Todos juntos, don Belisario, como hermanos.

Belisario: La osadía de Nicaragua debe recibir su merecido castigo. Mi personal felicitación.

Morazán: Gracias. ¿Cuánto debo esperar?

Belisario: Hoy mismo trataré de hacer la reunión. Pondré todo mi empeño en ello. Ha sido un honor conversar con usted, General.

Morazán: Igualmente...

Sale Belisario de la Casa de Gobierno y al entrar a la Plaza se topa con el Semicoro 1.

Semicoro 1: Vaya, vaya, Señor... ¿Negociando almas en la Casa de Gobierno?

Belisario: Sin ofensas. Soy de temperamento pacífico.

Semicoro 1: Yo, en cambio, tengo la manía de levantar el polvorín.

Belisario: Es su naturaleza.

Semicoro 1: ¿Y la suya pasársela traicionando...? ¡Qué feo, amigo...!

Belisario: Para impertinencias búsqese a otro.

Semicoro 1: Como no soy refinado, tengo una manera de decir las cosas que sue-
na chocante. Como por

ejemplo, que usted era uno de los que se reunían con el Coronel García Escalante, el que fue a Panamá por Morazán. Todo se sabe, también que visitaba al General Villaseñor, el que traicionó a Carrillo.

Belisario: Conozco a los que menciona, y no veo que tenga de malo reunirse de vez en cuando con los amigos. Cada uno lo hace, a su nivel, por supuesto, amigo.

Semicoro 1: Claro, la honorabilidad está en un traje, como el suyo. ¿Y lo que hay dentro del traje?

Belisario: Una vida ciudadana digna. Toda una vida.

Semicoro 1: Supongo que conspirando a tiempo completo. Sería terrible traicionarse también uno.

Belisario: No pasés la raya...

Semicoro 1: Amigos íntimos, conspiradores que planean como gobernar codeándose con otros ricachones y corruptos arribistas. Basura de gente...

Belisario: ¡Basta! Es una grave acusación.

Semicoro 1: ¡Es cierto!... O pruebe lo contrario. Tiene medios, amigos poderosos, influencias por cualquier parte.

Belisario: Me juzga con la ofensa. Podría acusarlo por infamias y calumnias.

Semicoro 1: Se refugia en su ley, Señor, y ella lo protege porque está hecha a su imagen y semejanza. De una u otra manera siempre lo protege. Pero ante Dios su conciencia y todo usted están podridos.

Belisario: Podría meterlo a la cárcel, podría, no quiero

pero me daría mucho gusto cerrarle la bocota...

Semicoro 1: Ni matándome lograría callarme.

Belisario: Métase una cosa en la cabeza: Carrillo se fue y no volverá, pase lo que pase.

Semicoro 1: Así de intenso trabajan... Si así trabajaran por el pueblo, estaríamos en la plenitud de un mañana floreciente.

Belisario: ... Buenos días...

Sale Belisario.

Semicoro 1: ¡Piedras somos y en el camino nos encontramos!

Sale Semicoro 1.

Casa de Gobierno, Morazán está visiblemente contrariado.

Como si viniera del aire, aparece Anacleta y le acaricia el cabello con gran ternura.

Anacleta: ¿Chico, cuándo descansarás?

Morazán: Descansar es el principio de morir.

Anacleta: Querría estar a tu lado siempre...

Morazán: Llegas como el viento y tocas como el sol, llena de compasión y esperanza. ¡Qué tierna, qué dulces palabras de verdadera preocupación...! Los sueños grandes están antes que cualquier otra cosa.

Anacleta: Aquí te aprecian, Chico. ¿Por qué no te quedas a vivir entre nosotros?

Morazán: ¿Y llegar a viejo senil apaciblemente? No, Anita. Tengo un sueño más allá que el egoísmo de mi propia felicidad.

Anacleta: Tu vida entera, la fortuna de tu esposa se han ido en busca de tu ideal. Y todavía no

llega, está cada vez más lejos.

Morazán: Así parece, pero es un engaño de la mente. Todavía no llega, es cierto, pero llegará, llegará, y entonces nada de lo que intenté habrá sido en vano. Confía en mí.

Anacleta: ¿Y si no logras más que la muerte?

Morazán: Todos nos vamos, es irremediable.

Anacleta: Vale la pena vivir. El tiempo pasa tan veloz, la muerte es la única señal que nos orienta desde que nacemos. Quédate, por favor.

Morazán: ... Imposible... ¿Crees que lo lograré...? ¿Confías en mí?

Anacleta: Solo para conocerte valió la pena nacer.

Morazán: Desde que llegué a Costa Rica no he usado la espada ni una sola vez. ¡Qué extraño...!

Anacleta: ¿Te asusta?

Morazán: No, por supuesto que no, siento nostalgia... Carrillo era un gran hombre... Siempre lo tuve presente, sin odio... Tuve, tenía que desterrarlo, era la ley del momento...

Anacleta: Naciste para cabalgar.

Morazán: Imagínate, la Federación en marcha, todos juntos... Carrillo gobernando con su visión de estadista. Entonces yo quebraría mi espada y podría morir en paz...

Anacleta: Carrillo quebró tu espada en esta tierra, por eso no volviste a usarla. ¡Cuánta sangre, cuánto fanatismo nos lleva en su corriente...! Cuídate mucho...

Anacleta lo besa en la cabeza y luego desaparece.

Morazán: ... ¡Eres mi consuelo, mi secreta alegría...! ¡No te va-

yas!... No me abandones... ¡Cabalar, cabalar hasta el sol...!

Salón habitual de reunión.

Entran el Coro de los Señores y Belisario, muy formales.

Belisario: ¿Podemos comenzar?

C. de los Señores: ¿Qué lo detiene? Adelante, estamos ansiosos.

Belisario: En ese caso, no hay tiempo para sentarse, Señores...

C. de los Señores: Convocó esta Junta con carácter de urgencia.

Belisario: Porque la situación es crítica.

C. de los Señores: Escuchamos.

Belisario: Morazán quiere que sufraguemos una parte importante de los gastos para la campaña.

C. de los Señores: ¿A cambio de qué?

Belisario: Satisfacción con una victoria.

C. de los Señores: ¡Vaya ocurrencia...!

Belisario: El asunto es que está urgido de una respuesta.

C. de los Señores: ¿Qué le prometió?

Belisario: Absolutamente nada.

C. de los Señores: ¿Ni su adhesión?

Belisario: Mi apoyo a título personal.

C. de los Señores: ¿Apoyo moral?

Belisario: Así es.

C. de los Señores: Siempre hay que hacerlo, Belisario. Es de caballeros.

Belisario: Necesita dinero para sostener un ejército competente.

C. de los Señores: ¿Cuánto cuesta?

Belisario: Lo ignoro.

C. de los Señores: ¿Cuánto durará la acción bélica?

Belisario: Ni él mismo lo sabe.

C. de los Señores: ¿Cuánto dinero calcula usted?

Belisario: Demasiado como para detenerse en minucias.

C. de los Señores: ¿Cuál es su opinión?

Belisario: Apoyar la campaña con discursos y todo tipo de aliento moral sin comprometer las finanzas, por lo menos las nuestras.

C. de los Señores: Por favor, comente su punto de vista.

Belisario: En honor a la verdad, Morazán es un hombre aguerrido, talentoso, romántico...

C. de los Señores: Totalmente de acuerdo. Pero digámonoslo directamente y sin adornos, no nos interesa ese aspecto de su persona.

Belisario: Si me permiten continuar...

C. de los Señores: ¿Qué planes tiene, cómo ve la situación actual, cómo piensa resolver este potencial conflicto que se ha creado...?

Belisario: Sus ideas románticas le dan una gran energía. Se podría decir que tiene cierta meta en la cabeza, una victoria contundente le daría fuerza a su vida política personal...

C. de los Señores: Belisario, eso ya lo sabemos, es lógico.

Belisario: En síntesis, lo trajimos para sacar a Carrillo, punto. Negociamos su inves-

tidura y su ratificación como Jefe de Estado. El punto de giro fundamental es que sus mismos soldados esperaban otro tipo de acción. Con esto quiero decir que han estado muy ociosos respecto a una aventura mayor.

C. de los Señores: ¿La Federación?

Belisario: Exacto. Ha ido saliendo a la luz pública su secreta intención de que venir a Costa Rica fue un pretexto para otros fines que no tenían nada que ver con nuestros propósitos.

C. de los Señores: Por lo tanto...

Belisario: Su verdadero interés no es el de defender nuestras fronteras como sí lo hizo Carrillo en una ocasión, sino aprovechar la presente circunstancia para someter a la fuerza a los demás Estados, partiendo desde aquí.

C. de los Señores: ¿Qué pruebas tiene?

Belisario: Ninguna. Solo se comenta, única prueba.

C. de los Señores: Carrillo no vuelve, eso es definitivo.

Belisario: Queremos que Morazán, ¿se vaya o se quede?

C. de los Señores: A veces me resulta contradictorio, amigo. Su consejo es apoyar moralmente a Morazán, no darle ni un centavo. Y de paso pre-

tende que se largue. Es el Jefe de Estado, tiene un período que cumplir. Nos confunde con sus comentarios ambiguos...

Belisario: Si Morazán es vencido, nos lo quitamos de encima.

C. de los Señores: ¿Y si no?

Belisario: A pagar impuestos para sostener un ejército que no tiene ninguna utilidad para nosotros.

C. de los Señores: No nos compliquemos tanto. Encuentre un medio más sencillo de deshacerse del General.

Belisario: ¿Yo, manchar mis manos con sangre? Nunca... Le cedo el puesto a quien lo quiera.

C. de los Señores: Tenemos que tomar decisiones.

Belisario: No es tan fácil. Quedaría un conflicto sin solucionar, podríamos enfrentar males peores.

C. de los Señores: Usted está al frente.

Belisario: Yo no asumo ninguna responsabilidad solo.

C. de los Señores: Lo primero es eliminar a Morazán. Lo de Nicaragua lo podemos ir negociando, es cuestión de buscar una manera óptima dentro de las circunstancias...

Belisario: Pongámonlo en blanco y negro. Yo los apoyo y ustedes hacen el trabajo sucio.

C. de los Señores: (Severos) ¡No en ese tono, amigo!

Belisario: ¡La gente ya me señala!...

C. de los Señores: Pertenece al mismo grupo. Sin indagar nuestra procedencia para no entrar en detalles personales, tenemos que mantenernos unidos... Usted tiene un cargo con nosotros. No es momento de tocar retirada. Cumpla o atégase a las consecuencias.

Belisario: ... Los mantendré informados...

Sale el Coro de los Señores.

Belisario se muestra indeciso, visiblemente contrariado. Finalmente sale. En la Plaza. Entra el Semicoro 2.

Semicoro 2: ... ¡Guerra, guerra! Suenan los tambores coronas de laurel a los vencedores. Guerra, héroes, vivan salvadores muriendo jóvenes llenos de galardones...

Entra el Semicoro 3.

Semicoro 3: ¿Qué es el escándalo?

Semicoro 2: Nos invaden, hermano, la patria nos llama, gloria a los hijos que mueren de pie peleando sin descanso contra el invasor.

Semicoro 3: Morir a corta edad es gracioso. Lo más gracioso es que los viejos mueren cargados de sabiduría, pero los jóvenes no tienen tiempo para adquirirla, llenos de brío por los toques marciales. Al diablo con esos

cantos. ¿Vas a la guerra, vos, exponiendo tu pellejo?

Semicoro 2: Si fuera necesario.

Semicoro 2: Dejémonos de alharacas, solo a vos y a los que promueven los conflictos les interesan esas acciones. Estoy al tanto de lo que ocurre y la verdad es que el problema es otro.

Semicoro 2: Te domina el temor a morir. Coraje, valor, es natural sentir que flaqueamos cuando nos creíamos como una roca.

Semicoro 3: Somos cobardes por no echar a Morazán y arreglar las cuentas en casa.

Semicoro 2: En este momento el problema es Nicaragua. Nos invaden, primero está el amor patrio, donde yo estoy.

Semicoro 3: Primero deberíamos arreglar el asunto de adentro, los conflictos domésticos, y después nos largamos a defender las fronteras.

Semicoro 2: Si perdemos las fronteras lo perderíamos todo.

Semicoro 3: Error. La fuerza de nuestro pueblo está en su amor propio, en su identidad.

Semicoro 2: Apoyo el reclutamiento.

Semicoro 3: Iríamos como hojas sueltas a merced de un enemigo que primero está en casa, silencioso, carcomiéndonos.

Semicoro 2: El enemigo nos amenaza. Lo tenemos en puertas. Después será demasiado tarde.

Semicoro 3: ¿Tarde para qué?

Semicoro 2: Para estar preparados.

Semicoro 3: Nos dejamos llevar sólo porque alguien lo dice y hace correr la voz creando pánico. Hay que ave-

riguar más, no ser una hoja al viento.

Semicoro 2: ¿Es que no amás a tu Patria?

Semicoro 3: ¿Cuál es la tuya, vecino?

Semicoro 2: Mi lealtad a esta tierra, a quienes queremos vivir en paz.

Semicoro 3: Hagamos un trato... Vayamos pregonando cada uno su opinión y escuchemos lo que la gente tiene que decir...

Semicoro 2: Es un poco tonto...

Semicoro 3: ¿Lo intentamos?... ¿Qué se pierde? Si gana tu propuesta, yo mismo me alisto a las órdenes de Morazán. ¿Qué tiene de malo escuchar lo que dice la mayoría? El pueblo no siempre tiene la razón, pero tiene derecho a equivocarse, o acertar.

Semicoro 2: De acuerdo...

Semicoro 3: (Dándole la mano) Hecho.

Semicoro 2: ... ¡De pie! ¡Todas las manos unidas para golpear al invasor!... ¡Valor y fe, compatriotas!...

Salen ambos Semicoros.

Casa de Gobierno. Entra Saravia.

Saravia: Problemas, Chico.

Morazán: ¿Ahora qué?

Saravia: Dos oficiales de alto rango muertos entre sí.

Morazán: ¿Dónde?

Saravia: En Liberia.

Morazán: Lo que me faltaba... Justo el punto que va camino a la frontera con Nicaragua. ¿Qué pasó?

Saravia: También murieron algunos simpatizantes de ambos.

Morazán: ¡Increíble!...

Saravia: Disputas internas... Amorfios, rivalidades, algunos excesos de carácter, digamos.

Nuestro ejército es muy heterogéneo.

Morazán: Falta de acción. Están acostumbrados a cabalgar con su General.

Saravia: Tomé previsiones necesarias para evitar más incidentes.

Morazán: Confío en tu buen tino para apaciguar los ánimos.

Saravia: Haré lo posible... Hay quejas sobre el comportamiento de nuestros soldados, particularmente en San José.

Morazán: Te pido un favor muy especial, que no se moleste a la población. Al soldado que se extralimite ordenas que lo azoten en el patio del Cuartel. En cuanto a los sucesos espeluznantes de Liberia, quiero un informe detallado.

Saravia: Así lo haré... ¿Cuándo partiremos?

Morazán: ¿Partir?... Sin dinero suficiente no podemos iniciar la campaña, ahí está el meollo de la cuestión.

Saravia: ¿Y tu petición de ayuda?

Morazán: Silencio... Es desesperante... No sabe uno a qué atenerse. Tengo amigos en los demás Estados, es imperativo llegar allá. Si despegamos de aquí con el debido apoyo la Federación será una realidad firme.

Saravia: Te respetan, te aclaman, te invitan a fiestas, pero no aflojan el dinero. ¿Cómo le llamarías a esa mezcla de actitudes?

Morazán: No voy a esperar eternamente. Tendré que utilizar recursos de las Arcas del Estado y poner un impuesto de guerra.

Saravia: No me parece eso de tomar dinero de las Arcas.

Morazán: ¿Qué es lo que no te parece?

Saravia: Carrillo dejó el dinero para obras públicas.

Morazán: ¿Y qué mejor fin que defender al Estado de una agresión?

Saravia: ¿Y cuándo se den cuenta que tu intención va más allá...?

Morazán: ... Te comprendo. Solo te pido que confíes en mí y en mi estrella de victoria.

Salen ambos.

En una salita de reuniones muy confidencial. Entra el Coro de los Señores, sostienen una breve discusión de procedimiento.

C. de los Señores: Adelante, Belisario.

Entra Belisario.

Belisario: A sus órdenes...

C. de los Señores: Tome asiento.

Belisario: Gracias...

C. de los Señores: Esta vez fuimos nosotros quienes lo convocamos, pero en otro lugar por razones de seguridad.

Belisario: Comprendo perfectamente.

C. de los Señores: ¿Qué ha hecho?

Belisario: Tomarle el pulso al ambiente.

C. de los Señores: Le ordenamos que hiciera algo práctico.

Belisario: Eso hago, a mi manera. Es un asunto delicado y debe ser manejado con mucha cautela.

C. de los Señores: Morazán nos llevará a la bancarrota con su política. Puso un impuesto de guerra. Y usted tomándole el pulso al ambiente. Déjese de tanta delicadeza.

Belisario: No se puede agarrar a la gente del

pescuezo y obligarla a pensar lo que uno quiere. ¡Y si no, inténtenlo ustedes!... Presionan, quieren resultados inmediatos. Lo hago, a mi estilo. Hay demasiada tensión.

C. de los Señores: No se altere... Tiene nuestra confianza, creemos que hace lo mejor que puede...

Belisario: No parece.

C. de los Señores: Es que los acontecimientos quieren velocidad. En Liberia hubo sucesos.

Belisario: Estoy al tanto.

C. de los Señores: Sugerimos que aproveche todo aquello que desgaste rápido al General.

Belisario: No es fácil. Lo de Liberia tiene sentido dentro de las circunstancias. Son hechos ligados, pero poco significativos para nuestra empresa. Podemos sacar provecho, como dicen ustedes. Pero si tengo que hacer algo, lo haré a mi manera. Estoy tratando de tejer algo de más fuerza, en el propio círculo del General.

C. de los Señores: ¿Qué lo detiene?

Belisario: No me presionen, también debo cuidar mi reputación, que es la de todos nosotros.

C. de los Señores: ¿Cuál es su próximo paso?

- Belisario:** Conozco a un teniente con su carga de ambición esperando por una oferta.
- C. de los Señores:** Eso suena interesante. Estimúlelo... Ofrézcale dinero y poder.
- Belisario:** No tan rápido. Hay que tener cuidado. Podrían engendrarse sucesos peores, y yo, abiertamente les anticipo, no me pienso hundir. Si algo no saliera...
- C. de los Señores:** No sea negativo. Usted tiene cualidades de estrategia que no le conocíamos. Hay que pensar en su futuro, querido amigo. Ciertamente hay un poco de ingenuidad en nosotros... Su toque peculiar será decisivo...
- Belisario:** ¿Qué pretenden...?
- C. de los Señores:** Siga con su estilo... Los seres humanos tenemos nuestro lado flaco, las debilidades nos inundan. Ofrézcale al teniente, sepa encender el apetito de su imaginación ambiciosa... Hágale ver que el destino lo puso en el lugar exacto para convertirse en héroe. La historia está llena de tontos útiles, y de olvido posterior...
- Belisario:** Por ahí voy. Cultivaré su punto débil, y su apoyo económico en lo que sea necesario.
- C. de los Señores:** De acuerdo, pero no se exceda con los gastos.
- Belisario:** Digo, en lo que sea necesario, sin discusión.
- C. de los Señores:** (*Consultándose con las miradas*) Confiamos plenamente en sus oficios.
- Belisario consulta su reloj.**
- Belisario:** Maldito tiempo...
- Sale Belisario, apresurado.**
- El Coro de los Señores sale muy amigablemente.**
- En la Plaza. Entran Morazán y Saravia. Un silencio durante el cual observan.**
- Saravia:** ... Nadie... Nadie... Nadie...
- Morazán:** No es de extrañar. Todo inicio de campaña tiene sus matices. Despedidas afectuosas, consejos para la ausencia, detalles que recordar...
- Saravia:** Lo curioso es que esta Plaza es punto de encuentro de todo tipo de gentes.
- Morazán:** No hay ninguna razón para que cambien su costumbre. Están con sus seres queridos en vísperas de partir.
- Saravia:** Está vacía...
- Morazán:** Volverán. La inundarán de canciones patrióticas y vigor de batalla.
- Saravia:** ¿Cuándo?
- Morazán:** En este lugar celebrarán el triunfo de nuestra magna empresa manifiesta: la Federación. Aquí se reconocerán como pueblo elegido.
- Saravia:** ... Tengo frío.
- Morazán:** En ese caso, abriguémonos en el Cuartel.
- Sale Morazán y detrás suyo Saravia. Entran el Semicoro 2 y el Semicoro 3.**
- Semicoro 2:** Tal vez lo mejor es dejar que pase un poco el torbellino y se aplaquen los ánimos.
- Semicoro 3:** Eso sería como esconderse.
- Semicoro 2:** Protejo mi derecho a decidir.
- Semicoro 3:** Libertad parece ser el camino.
- Semicoro 2:** ¿A qué precio?
- Semicoro 3:** ¿Cuánto vale la libertad?
- Semicoro 2:** Sangre y muerte me anunciáis.
- Semicoro 3:** No.
- Semicoro 2:** Funesto presagio.
- Semicoro 3:** Yo mismo apoyo cualquier iniciativa de no permitir agresiones de ningún tipo contra nuestro territorio. Si Nicaragua nos invade correrá la sangre hasta que los pongamos en su lugar.
- Semicoro 2:** Hablemos de paz.
- Semicoro 3:** Paz adentro para empezar, paz afuera para el que quiera. Si la única solución es la guerra, vamos juntos.
- Semicoro 2:** Ahora pregonás la guerra.
- Semicoro 3:** Una cosa es el caso de Nicaragua y otra Morazán. Juntos pudimos palpar el sentimiento general respecto a Morazán y a su ejército de ocupación... ¿O no?...
- Semicoro 2:** De acuerdo, no me presionés más. Que se vaya pero sin entrar en conflicto. Morazán es un hombre razonable, se le debe dar una explicación.
- Semicoro 3:** No se irá. Morazán tiene partidarios.
- Semicoro 2:** Démole una salida honrosa.
- Semicoro 3:** Habrá discordia.
- Semicoro 2:** Hasta donde sea posible, evitemos la violencia.